

EZEQUIEL

Al caer la ciudad de Jerusalén en manos de los caldeos, éstos deportaron a Babilonia a un gran número de cautivos, entre ellos iba Ezequiel. Los deportados lloraron a las orillas de los ríos de Babilonia, acordándose de Jerusalén.

Cuando llevaba cinco años en Babilonia, mientras se hallaba a la orilla del río Kebar, Dios se le apareció en forma de un carro de fuego y le llamó para que se convirtiera en el profeta del exilio.

Los judíos deportados acusaban a Dios de ser injusto con ellos, al no haberles cuidado y evitado que los deportaran. Ezequiel les hizo ver que pasarían muchos años en Babilonia y que debían ser justos y dejar de adorar a los ídolos.

En Jerusalén, los caldeos habían puesto a un nuevo rey, pero los pecados continuaban. Desde Babilonia Ezequiel anunció el castigo y cómo la Ciudad Santa será castigada y Dios la abandonaría.

Poco después las profecías de Ezequiel se cumplían. Los caldeos volvieron a atacar Jerusalén y esta vez la destruyeron, demoliendo el templo y destruyendo sus murallas. Esta vez también deportaron a Babilonia a muchos judíos.

Ante la depresión que se apoderó de todos los deportados, Ezequiel empieza a animarlos hablándoles de que el templo se reconstruirá y de que Dios les dará un corazón nuevo para que en ellos reine la justicia.

En una de sus profecías habla de la T que deben llevar en la frente los que se duelen de los pecados que se cometen contra Dios y contra los hombres. En esta T se ha visto un anuncio del signo de la cruz que preside la vida cristiana.

La idea central de todo lo que presenta el libro de Ezequiel en la Biblia es que hay que poner a Dios en el centro de todo, porque es tan grande y maravilloso que, ante Él, todo lo demás no es nada.